

La forma del rayo

La poética de Nietzsche en *Así habló Zaratustra*¹

Recepción: 25 de mayo de 2005 | Aprobación: 23 de noviembre de 2005

Carlos Vásquez Tamayo*
teseo@epm.net.co

Resumen Tomando como guía lo que afirma Nietzsche en *Ecce homo* de su obra *Así habló Zaratustra*, el texto propone una interpretación del propósito que impulsa dicho libro. No sólo en lo que tiene que ver con la filosofía sino sobre todo, en cuanto apuesta de escritura, experimentación de conocimiento, vivencia de mundo. Ello implica una forma particular de acercarse al pensamiento y la imagen: afirmando el poder pensativo de ésta y la fuerza creadora de símbolos de aquel. Con un estilo que en lugar de describir intenta saber en qué consiste una comprensión inmediata de mundo: forma de conocimiento que interroga, sin reducirse a ella, los límites de la inteligencia discursiva.

Palabras Clave

Inspiración, Inmediatez, Experimentación, Saber, Mirada, Juego, Afirmación, Tragedia.

The Shape of Lightning. The Nietzsche's poetic in *Thus Spoke Zarathustra*

Abstract The affirmation of Nietzsche in *Ecce Homo*, from *Thus Spoke Zarathustra*, guides an interpretation of the purpose. In the case, not only reading about philosophy but -mainly- writing, experimentation of knowledge, world experience. Not only in what has to do with the philosophy but mainly, as a bet of writing, experimentation of knowledge, world experience. That implies a particular way of approaching to the thought and the image: affirming the pensive power of this and the creative force of symbols of that. A style that, instead of describe, tries to know what means an immediate comprehension of the world: way of knowledge that interrogates, without been reduced to that, the boundaries of the discursive intelligence.

Keywords

Inspiration, Immediacy, Experimentation, Knowledge, Sight, Game, Affirmation, Tragedy.

¹ Este artículo se inscribe en las dinámicas del grupo de investigación *Filosofía y Literatura*, integrado por profesores del Instituto de filosofía de la Universidad de Antioquia y de otras universidades del país.

* Director del Instituto de Filosofía de la universidad de Antioquia.

Por lo demás, continuó siendo poeta
hasta todas las fronteras de este concepto,
y ello, a pesar de que me he tiranizado suficientemente
con lo contrario de toda poesía.
Nietzsche

Pero Nietzsche debía gritar.
Y no le quedaba para ello otra manera que la de escribir.
Este grito escrito de su pensamiento
es el libro que tituló: Así habló Zaratustra.
Martin Heidegger

I. No soy leído, no seré leído

En *Ecce homo*, obra en que Nietzsche se cuenta a sí mismo su vida, coloca su *Zaratustra* en un lugar aparte. Nos proponemos indagar los motivos de este trato.

En el prólogo de dicha obra, numeral 4, anota que este libro es un regalo que hace a la humanidad. ¿Qué quiere decir 'humanidad'? Y a la vez ¿De qué regalo se trata? ¿Quién es el que regala y qué lo autoriza a regalar?

Nietzsche atribuye a este libro el carácter de lo más elevado. Habla de él como el *auténtico libro del aire de las alturas*. ¿Elevado con respecto a qué? ¿Quién se coloca debajo de él?

Quien lo escribe se define desde un *pathos de la distancia* y establece su distinción. Nietzsche dice que está por encima del *hecho hombre*, el acontecimiento hombre, lo que el hombre ha llegado a ser.

No un solo individuo, ni siquiera un pequeño grupo, es lo que está debajo. Es la humanidad misma, el *tipo hombre* en su conjunto. Cabe pensar que es la misma humanidad a la que este libro va dirigido, *todos y nadie*.

Zaratustra empieza su peregrinaje desde una alta montaña. Para llegar al hombre tiene que bajar hasta él. ¿Ese hombre engloba varios tipos de hombre? ¿Es una comunidad homogénea o diversa?

Pero, ¿quién habla aquí? ¿Qué condiciones cumple para llegar a decir lo que dice? Parece que desde el principio quiere y requiere distinguirse de otros. Eso a mí me parece clave, a la hora de acercarse a esta serie de fragmentos. Pues el que habla, pese a todas las apariencias, sabe que no es un profeta ni un predicador, un santo o el defensor de una fe.

Zaratustra no pretende hacerse pasar por el fundador de una religión. Califica a los sacerdotes como híbridos, tipos muy mezclados, que en nada se parecen a él. Habla de ellos como seres enfermos.

Tipificar el hecho hombre es distinguir tipos de enfermedades y formas de buscar la salud. Por lo pronto, el tipo sacerdotal padece una curiosa enfermedad: su apetito de poder.

Aquí, por el contrario, habla alguien que pretende ser sutil, silencioso. Alguien que no asedia a otros con su verdad sino que los lleva a madurar la suya. No un aleccionador, no un maestro, ni un agitador de ideas.

Eso le exige buscar el lector al que se dirige. Ello es de suma importancia, supone un olfato de sí mismo en parte médico y en parte historiador. Dado que es un mensaje que no puede prescindir del lugar que el que habla ocupa al interior del *acontecimiento hombre*.

El otro elemento que caracteriza este hablar es su involuntariedad. Es una palabra que acaece. Un decir fatal que busca su propia afirmación.

Fatal porque no puede elegir. Se le impone a Nietzsche, le es dictado, como una lluvia o un rayo de sol. Es un habla que va cayendo, con su ritmo propio, no se escoge, no se busca, adviene, llega y se va como la tempestad.

Tiene su propio *tempo* como diría un músico, como el músico que Nietzsche mismo es. Y pretende que esta obra sea leída como música, es decir, más oída que leída.

Ahora bien: ¿quién está preparado para oír esa música? ¿Cuáles son las condiciones trascendentales de posibilidad, como dirían los filósofos, para llegar a tener esa vivencia? Por lo pronto una, ser elegido por ella.

Lo que aquí se da es de aquellas cosas que no se buscan. No es una cosa mística y, siendo justos, es lo que pasa en cada acto de lectura. Uno se encuentra con sus vivencias o no. No depende de uno. No quiero decir que no haya que hacer esfuerzos. Si uno no se dispone con seguridad no se da. Lo que digo es que no por buscar se da con seguridad.

Eso es del azar. Así como será una fortuna que tal encuentro se dé. Se aspiraría crear algunas condiciones, un espacio de audición para esta música de palabras. Puede que se dé y tal vez no se da. Por lo pronto, de algo ha de servir decir lo que no es, lo que con toda certeza no será.

Nietzsche habla de un privilegio enorme. Eso lo lleva a pensar a uno dónde está. No porque haya pasado mucho tiempo. Eso poco cuenta con libros que han de ser para uno. Uno se topa de pronto con ellos.

Lo que es un hecho es que ha de haber una relación contundente entre tropezar con ese libro y las cosas que dice. ¿En qué lugar colocarse para poder oírlo? Este libro quiere interlocutores, no lectores. Viajeros y caminantes, no seguidores.

Por eso Zarathustra se aleja de los discípulos. No es un sabio, ni un redentor, no es un decadente. Es un tipo ascendente. Para subir hay que procurar estar solo, ir solo a ratos. Acercarse para alejarse más. Por eso pide a quien oye que se vaya.

Ser maestro o discípulo es circunstancial. Que alguien diga lo que tenga que decir y siga su camino. Quedarse obedeciendo es mala señal. Zarathustra reclama autonomía, ninguna actitud veneradora. La relación justa entre obedecer y mandar. Hay que mantenerse apartado de estos fragmentos y sentencias.

Es lo que Nietzsche recomienda. Entrar al texto como a una ducha fría. Entrar y salir. Zarathustra no resiste adeptos. Sorprende que este libro haya sido sometido a tantas lecturas de capilla.

Eso de ser elegido da qué pensar. ¿En quién está pensando Nietzsche? Sin duda en alguien que tiene consigo una relación polémica. Alguien des instalado, interrogador, inconforme.

Agrega y dice eso: no es sólo este libro. Hay algo esencialmente perturbador en la relación con la filosofía. Y eso es muy claro con Nietzsche: sea cual sea el problema es uno quien termina siendo un problema. *En última instancia no se tienen vivencias más que de sí mismo (Z)*.

II. Aprender a hablar de mí

Es también en *Ecce homo* donde Nietzsche relata la historia del Zarathustra. Señala por ejemplo la involuntariedad de su pensamiento directriz, *el eterno retorno de lo igual*. Nada sabremos de su contenido si no tomamos en cuenta el que se trata de un pensamiento dictado.

Acaso sea siempre así. Los pensamientos le vienen a uno. Se le revelan. Kant decía que en vez de decir *pienso*, habría más bien que decir *eso que piensa en uno*.

El pensamiento no tiene agente. Uno es su paciente. Es lo que dice Nietzsche, *asistí a mi pensamiento fundamental*. Ese carácter eruptivo se va anunciando, hay signos de eso. En un cierto cambio en el tono de la escritura que es para el pensador viajero la ondulación del camino.

Nietzsche concede un papel esencial a las denominadas vivencias. Es clave que uno se dé tiempo para asistirlas. Pasan por uno y normalmente uno ni las siente. Nietzsche pide un lector atento, alguien dispuesto a experimentar. Tiene para guiarse las ondulaciones del estilo: *Comunicar un estado, una tensión interna de pathos por medio de signos, incluido el ritmo de esos signos – tal es el sentido de todo estilo, y teniendo en cuenta que la multiplicidad de los estados interiores es en mí extraordinaria, hay en mí muchas posibilidades de estilo*.

Hacer pruebas con el lenguaje, con el yo, con el cuerpo. Sobre todo esto último. Alguien que quiera prestar oídos al cuerpo. Si es poco lo que sabemos de él se debe a que cerramos los sentidos.

Oír el cuerpo no es aguzar la escucha interior, ponerse a pensar con los oídos del espíritu. Nietzsche habla de sensaciones físicas. Algo del hallazgo va a depender del trato que tengamos con el cuerpo el cuerpo impulso, el cuerpo acción, el cuerpo sentimiento.

¿De qué vivencia se trata? Nietzsche habla de la afirmación de la vida. La cual se hace con el cuerpo. El cual es en esto sincero. Afirma y no finge, se entrega por entero. Todo en el cuerpo es arrojado. Decir sí con el cuerpo es lo trágico.

Dado que es el cuerpo el que siente dolor. El yo interpreta a su modo todo eso: intenta dejar de sufrir. Es el cuerpo el que siente placer. El yo interpreta todo eso: intenta sentir más placer.

Lo difícil es mantenerse en el dominio de las sensaciones. Resistirse a mentir acerca de su naturaleza. El cuerpo ama incondicionalmente. Y si el dolor y el placer se condicionan no es por él sino por las versiones que da el yo.

El regalo que Zaratustra viene a dar brota de un cuerpo pletórico. Aquel del que la doctrina es sólo reflejo. Un cuerpo dador está sumido en la pena. Sólo que ahí pena y alegría intercambian sus dones.

Por eso Nietzsche cuenta paso a paso los estados por los que pasa. No hay estados fijos sino variables. Ondulaciones. Modificaciones que son el único acontecer.

Aún este hecho curioso: que de estados de postración puedan surgir cosas elevadas. Que la enfermedad sea un acicate para la salud y ésta su fruto maduro.

En ese viaje, devenir intensivo y en profundidad, a uno lo asaltan pensamientos. En un estado así Nietzsche fue hallado por Zaratustra.

III. La más silenciosa de todas las cosas

¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche? La pregunta es tipológica. A Nietzsche su personaje le interesa en cuanto tipo. Este asunto, vital como sabemos en su filosofía, nos llama en este momento a entrar en nuestra ruta.

A la pregunta propuesta podemos ofrecer algunas respuestas:

Uno que llega a destiempo. Uno que busca su salud. Uno que habla de valores porque los ha encarnado todos. Uno que asume su ideal después de agotar todo ideal: el del santo, el legislador, el sabio, el docto, el piadoso. Uno que está en camino, que no llega, que no tiene dónde llegar. Un descubridor. Un liberador. Un inventor. Uno a quien la sed se le despierta una vez la tiene saciada.

A ese, el tipo hombre habido hasta ahora se le presenta como antítesis: todos los ideales que reúne son dignos de burla o de pena.

En su lugar Zaratustra se presenta como el que bendice y afirma, el que acoge la vida como juego. Destierra por ello toda seriedad. En él se reúnen malignidad y plenitud, abundancia y suprema malicia.

El objeto del juego es la supresión de lo que hasta ahora hemos considerado santo. Zaratustra es un destructor, alguien que para crear debe demoler primero un edificio.

Para crear hay que dejar de creer. Es sobre esas ruinas que alzará su balanza. Esa tensión del sí y el no es lo trágico. Nietzsche dice que ese es el rasgo más propio de lo *dionisiaco*.

¿Cómo llegó Nietzsche a afirmar por escrito este mensaje, la ruina de una cultura, el eclipse de una edad? Así describe el estado en que compuso su *Zarathustra*:

Lo que llamamos 'autor': encarnación, instrumento musical 'interpretado' por fuerzas poderosas.

El tiempo de eso: lo súbito, algo que adviene, arrastra, disloca. Algo contundente que se impone a los sentidos.

Se trata de un trastorno sistemático de la subjetividad. Nietzsche insiste en eso. Ya en su libro sobre lo trágico pensó la lírica en esos términos: ruptura de la relación sujeto objeto. El conocimiento es una práctica sin fundamento.

Uno oye y ve y no busca. Eso viene de fuera y exige de uno estar fuera. Fuera de sí, en trance. El pensamiento adopta la forma del rayo. Ilumina y se oscurece. No relaciona, se impone. Es un punto, no una línea continua. *Un éxtasis... Un completo estar fuera de sí.*

Sólo una forma le conviene. Lo que hace pensar en la unidad contenido forma, el pensamiento es la forma que se da. Esa unidad la reserva Nietzsche para el arte, en el cual *el único contenido es la forma.*

Así el *Zarathustra* es poema. Eso no quiere decir que Nietzsche proponga una lectura 'literaria'. Posible tan sólo allí donde se mantiene la distinción moralizante.

Lo propio de la forma artística es su imperiosa necesidad. Los artistas son artesanos de la forma. La buscan. La moldean. Pero ella está allí esperándolos. Es lo que se da. Al artista le toca domar el material. Debe hallar lo que está allí desde el primer momento.

A partir de ahí un arduo trabajo. En el *Zarathustra* se siente, la inspiración es un raptó que logra plasmarse o no. Hay momentos, pasajes y uno debería estar atento a ese paso, el feliz encuentro fugaz.

Nietzsche define la inspiración como arrobamiento y enajenación. Eso no quiere decir que quepa todo. Hay éxtasis malogrados. Lo clave es estar arrobado y a la vez contenerse. La maestría está en ser preciso. Estar ausente pero ver y oír lo justo. Una extraña mezcla de contención y abandono.

Es un estado de aguda conciencia. Sólo que, como anota Nietzsche, se trata de una conciencia corporal. No la conciencia de sí, sino la conciencia del *sí mismo*.

En ese abismo de sensaciones se capta de golpe la unidad alegría dolor. Es la vivencia trágica a la que nos referíamos que aquí adopta el nombre de *inspiración*.

La inspiración es la comprensión inmediata del sentido trágico de la vida.

Se trata del dolor de la sobreabundancia. El cuerpo aludido es un más. Cuerpo gasto y donación, cuerpo incendio o manantial. O el cuerpo musical que pulsa el ritmo del mundo.

Alberto Caeiro habla de éxtasis así. Hay muchas diferencias con Nietzsche pero coinciden en esto: el cuerpo se vive como ritmo, fluye como música, uno se siente vivir como si un río corriese dentro de uno.

La única relación admitida es la de secuencia musical. Es común en Nietzsche esta idea. El mundo como música. Está presente desde su libro sobre los griegos.

Al mismo tiempo la armonización de fuerzas contrapuestas. Pues a la violencia se responde con forma. Ésta modera, limita, amortigua. La fuerza invade, desborda, rebosa. Hasta que llegue al punto en que la violencia se vive como juego.

Nietzsche habla en el *Nacimiento de la tragedia* de la inspiración en esos términos. Su lectura de los griegos es inspirada por eso: halla la armonización justa entre las fuerzas. Esa justicia es lo trágico.

Rige este movimiento el poder. El poder es gasto, donación, lujo. Aunque se sirva de ella, no está regido por la búsqueda de los fines.

El mundo musicalmente entendido carece de metas. No en el sentido en que le falte una, sino porque las colma todas.

Para el que escribe ese arrebatado es involuntario. No va hacia la forma al calcularla. La forma viene a él y pone límites. La palabra lo fija y desborda a la vez el nivel del concepto.

Habría que preguntarse qué es símbolo aquí. Y de qué. Por lo pronto se trata del despojamiento del ropaje conceptual. Al que la alegoría o la metáfora sirven juiciosos.

Que la palabra sea símbolo dice más. Es un mostrar. La cosa se presenta como se presenta dios si lo nombro. Es lo que pasa en la tragedia. Presencia sin sombra de lo pánico como algo tangible. El poeta busca en la palabra el nombre de dios.

El poema da a ver. La palabra poema acaece, se vuelve suceso, drama, milagro. El habla inspirada abre, como dice Nietzsche, *todas las palabras y los armarios de palabras del ser*.

La inspiración es el reflejo entre palabras y cosas. Qué bueno es hablar así, las cosas se ofrecen a las palabras, las palabras dan a ver las cosas, vuelven a ser el nombre de las cosas.

Así, el poema muestra la unidad ser devenir. Eso dice la palabra inspirada: pasa, lo pasajero, lo que vuelve, lo que se mantiene igual en su ir y venir.

Que todo ser se vuelva palabra. Eso habla de la inspiración de modo distinto a como piensan los falsos poetas. Que viven la poesía como nostalgia del ser en las palabras. O intento vano de llegar por ellas a él.

Este poeta, que acaso ni sea uno, celebra el encuentro de las palabras con las cosas. Que no es una conformidad ni una mera adecuación. Es un encuentro por exceso, un mutuo donar lo que al otro ajusta y suelta a la vez.

Dice Nietzsche que estos estados se expían. Esto me parece clave a la hora de acompañar su alter ego. Altas y bajas, estados sucesivos de arrebatos y perplejidad. ¡Cómo se padece uno a sí mismo!

A mí me parece que esa es una buena posibilidad de lectura. Seguir a Zaratustra en sus estados. Y salir de ahí los pensamientos. Se piensa con el cuerpo, se siente con él. No hay un yo idéntico que sienta o piense, en realidad pensar es un viaje por las sensaciones.

*Viven en nosotros innúmeros,
si pienso o siento, ignoro
quién es quien piensa o siente.
Soy tan sólo el lugar
donde se siente o piensa.*

*Tengo más de un alma.
Hay más yos que yo mismo.
Existo, sin embargo,
indiferente a todos.
Los hago callar: yo hablo.*

*Los impulsos cruzados
de lo que siento o no siento
porfían en quien soy.
Los ignoro. Nada dictan
a quien me sé: yo escribo
R. Reis*

A la vez, lo vivido y experimentado, lo escrito y pensado se vuelven contra uno. El valor para enfrentar el *rencor de lo grande* decide en última instancia. Dice Nietzsche que uno se enferma de su propia grandeza.

Eso es así porque el cuerpo va siempre más lejos. Salta por encima de sí. Uno se enferma de la temeridad de *sí mismo*.

IV. Algunos nacen póstumos

Nietzsche no deja de constatar este hecho: el pensamiento es inactual. No llega en el momento oportuno. Suele llegar a destiempo. Para decir aquello que nadie quiere oír.

Uno se inclina a pensar que esa disparidad será corregida con el tiempo. En este caso lo peor es creer que el tiempo de uno es el justo, que lo que no se oyó antes le llega a uno ahora.

Pero si esta in tempestividad no es un accidente. El pensamiento no llega a tiempo, su tiempo no es el de las cosas actuales. Elude el presente. Se

presenta de golpe, como el eco de un tiempo remoto. Va hacia atrás, vuelve, no sigue la tiranía de los relojes.

Ello es así de manera más aguda en esta obra. Cuya doctrina es precisamente esa: el tiempo como *eterno retorno de lo igual*: destitución del tiempo productivo, el tiempo vengativo, el tiempo reactivo, el tiempo moral.

El tiempo de esto acaece, en eso es un tiempo aciago. Tiempo trágico diríamos, tiempo sin metas ni recompensa. Más allá de un tiempo previsible que llena de cansancio nuestra relación con las cosas.

Por eso Nietzsche al quejarse no se queja. Sabe que esas siete pieles de la soledad a la vez que le aíslan le protegen. Zarathustra llega y se va. Habla y se queda callado. Este ir y venir da la clave. Hay que acompañar ese drama sin el cual el contenido es repetición hueca.

Esa forma de moverse está vinculada a lo que tiene para decir. Un derumbe, una caída, el final de algo. Un eclipse, una muerte, el inicio de algo. Así como buscar compañía para llevar eso. Está hablando de la forma hombre a los hombres. Del *hecho hombre* a un grupo de hombres.

Entre tanto, cada uno se va colocando en su lugar. Es lo que pretende Zarathustra: que cada quién sepa dónde está. Y desde ahí haga lo que le toca. Ese aspecto a mí me parece atractivo. No obliga pero sí seduce. Es así como le gusta a Zarathustra ser tomado: un seductor.

Al menos buscarse. Seguir cada uno su propio camino. No hay un camino que sea apto para todos. Caminar es perder el camino. Uno solo. Zarathustra habla a desamparados. Es un hecho histórico. Y es eso lo que justifica la filosofía. Un discurso para desplazados, desarraigados, marginales.

Cuando eso se vuelve asunto de capillas o cenáculos empieza a verse mal. Cada uno por su lado, sin armar sociedades de elogio. Sin dogmas ni confianza. Zarathustra quiere que se desconfíe de él. Habla con franqueza, no es una pose.

La filosofía invita a que uno tome distancia. Cada uno por su lado. Pequeñas sociedades momentáneas a lo sumo. De acuerdo a propósitos puntuales. Pero no sociedades establecidas, comunidades fijas y reguladas. Uno no tiene sino su cuerpo para estar solo. Y eso nadie puede quitárselo a uno.

Desamparo. ¿Por qué? Zarathustra dice *la muerte de Dios*. ¿Podemos imaginar abandono mayor? Nos hemos quedado solos. Tan solos como las cosas a las que ya nada hila.

Es el consuelo del desamparado. Que no es un consuelo de tontos. Es un consuelo para sentirse solidario con otro, no para imaginar que se está protegido por él. Uno está solo, al mundo venimos a saber eso.

¿Solo ante qué? ¿Solo dónde? ¿Solo sin quién? Solo ante un mundo que se consume. En una tierra sin lugar. Sin hombres, con remedos de hombres, en una comunidad caduca y estéril.

No es una soledad meramente existencial. Es una soledad de cada uno sin otros. Una soledad metafísica. La superación de la metafísica tiene la forma de la soledad. *Todo mi Zarathustra es un ditirambo a la soledad.*

La soledad de N/Z es como el sol. Es la soledad del que no puede dejar de dar. La canción más honda de esa soledad dice eso: *OH desdicha de todos los que dan. Oscurecimiento de mi sol. Oh deseo del deseo. Hambre que devora en la saciedad.*

La soledad del creador. ¿Hay algo más solitario que crear? Nada viene a uno, nadie está al lado de uno. Ni siquiera el sentido de crear. Uno no puede creer en eso. Es, paradójicamente, un acto de fe. Nadie puede decirle a uno dónde va.

Ese es el camino que Zarathustra recorre. El camino del creador. Lo recorre creando. No hay manera de saber eso sin hacerlo. Sólo que aquí eso es terrible. Se crea a partir de nada. Crear sin creer es lo trágico.

El peligro está en que las fuerzas lo abandonen a uno. Nietzsche dice las dos cosas y no está jugando. El auténtico creador no se agota. Pero sí se cansa, y siente pena por ello. Y paga con creces su temeridad. Sabe que crear es ofrendarse.

Cuando no hay a qué, si no hay con quién ni para qué. La creación es un salto al vacío. Esta obra está llena de abismos de esos.

V. Un lugar aparte

Incluso Nietzsche va a distinguirse de los poetas. Como lo hace Caero quien habla de falsos poetas. Ambos sospechan de la poesía y aunque haya matices que los distingue coinciden en eso: los poetas son falseadores. No hacen sino mentir la realidad.

Es una simpleza decir que este libro expresa en imagen lo que otros dicen con conceptos. Nietzsche no escribe *la prosa de sus versos*. ¿Qué hace?

Tal vez porque lo que queda sin vigencia es la distinción poesía pensamiento. Lo que hay que decir es una sola cosa. Sólo que hay que decirla de muchas maneras.

Fragmentos, máximas, tratados, poemas, sentencias, cartas: formas de decir lo mismo no lo mismo.

Este libro es la puesta en cuestión de una comprensión del mundo en la trasgresión del estilo. Crear un mundo exige hallar la forma de decirlo. Hay que saltar el abismo de la escritura.

La escritura que prueba el límite del lenguaje es lo trágico.

Nietzsche dio a este conocimiento el nombre de *Dionisos*. Es un nombre polisémico. ¿Qué dice aquí?

¿Qué es lo dionisiaco? *Alguien que crea por primera vez la verdad, un espíritu que gobierna el mundo, un destino.* La verdad, ¿creada por primera vez?

¿Pero no es acaso la verdad el yugo del que debemos deshacernos? ¿Qué efecto tiene acercar creación y verdad? ¿Habrá algo así como una verdad del arte opuesta a una verdad discursiva?

Todo ello es grave. Sólo que Nietzsche no es el sacerdote de ese dios ni oficia en su altar la ofrenda de la verdad. ¿Entonces qué? Zaratustra dice que ha visto *más*, ha querido *más*, ha podido *más*. Ese *más* puesto al lado de verbos tan capitales (querer, ver, poder) ha de servirnos de guía.

Dionisos no es alguien sino *más*. Es el lugar en que todos los opuestos se unen. Exceso y rebosamiento, superación y auto superación, una escala para subir y bajar.

Entonces toda lógica se trastorna. No es lo mismo y es lo mismo superficie y profundidad. Toda esa tópica de ascensión y descenso, todo ese giro espacial que hay en la obra es el drama del pensamiento. Que es lo mismo que decir el de la vida. Un ir y venir de menos a *más*.

Dice la superficie como lo *más* profundo. Restituye lo hondo en lo elevado. Redime la verdad por el arte. Eso es lo trágico.

Ya podemos decir algo acerca del objeto revelado. Lo oculto como lo que salta a la vista. El ser como pura apariencia. La verdad de la no verdad.

Las coordenadas espaciales se alteran. Así como el tiempo que no va de antes a nunca. El tiempo es un punto girando. El regreso de lo próximo a lo lejano, el paso de lo pequeño a lo grande.

Todo eso dicho en un lenguaje figurativo. Nietzsche pretende que su *Zaratustra* encarne el *retorno del lenguaje a la figuración*. ¿Qué dice eso? Que las cosas parecen oponerse a causa del lenguaje, que el lenguaje impone un ropaje falso a la realidad. Decir el mundo figurativamente es volver a la transparencia de la palabra.

De eso se trata. De volver al lugar. Que es no lugar. El lugar se mueve siempre, nunca se queda. Lo permanente es la pérdida de lugar. El lugar es nómada. Esa movilidad es lo que hemos perdido, lo que nos han quitado, lo que hay que rescatar.

Todo el *Zaratustra* es un canto al lugar, una incitación a volver a él. Pero ¿cómo? Hay un solo camino, el lugar sólo se abre a nuestros sentidos. La fidelidad al lugar es lo trágico.

La superación del hombre por el hombre: hemos perdido eso, la potencia para viajar quedándose. Nietzsche llama a eso *superhombre*.

¿Qué es el hombre? Un *más*. Eso se manifiesta en virtudes: valor, coraje, heroísmo. Nobleza, belleza, bondad. Pero no como virtudes dictadas. Para llegar a ser el que se es, cada uno tiene que hallar el camino de sus virtudes.

¿Qué es todo esto sino lo dionisiaco? Falta algo. Ese algo es esencial para llegar al corazón vacío de ese dios. La forma que tiene de encarnar el sí y el no. No como contrarios sino como potencias rebosándose. Sólo así podemos entender que el que *más* afirma sea el que *más* niega.

Del mismo modo que el que más cargas lleva sea el más ligero. Así como aquel que piensa lo más duro soporta a su vez lo abismal. Todo esto que en cualquier otro sería contradicción está en él soldado.

Quien encarna la negación lleva a su vez la afirmación. En un solo acto, por un solo pensamiento. Ese pensamiento es abismal. Zaratustra le teme, no hace sino sacarle el cuerpo.

Hasta que por fin se decide a darle cuerpo. Un pensamiento de dos cabezas. La más extrema negación (la nada volviendo siempre), la más radical afirmación (atarse a esa rueda como la cosa más querida).

El pensamiento bifronte del eterno retorno es lo trágico.

VI. Entonces me vino ese pensamiento

¿Quién es Dionisos? ¿Un regreso a las divinidades griegas? ¿La superación del monoteísmo en el politeísmo?

Nietzsche dice que no es tiempo para inventar dioses. A causa suya el lugar se ha vuelto desierto. Lo hemos abandonado en su nombre, lo hemos vaciado de sentido. *Lejos de Dios y de los dioses... ¿qué habría que crear si los dioses existiesen.*

Dionisos nombra otra cosa. Así como es otra la que dice cada uno de sus verbos (redimir, justificar, superar). Escogidos por Nietzsche no sin malicia, sacados del campo semántico que pretende saltar.

Verbos que prolongan el 'espíritu de venganza'. Éste es para Nietzsche el producto más refinado, es debido a él que el hombre se ha vuelto interesante. ¿En qué consiste ese espíritu? ¿De dónde viene y dónde hace ir?

Para saber esto quizás haya que preguntar sobre qué recae. ¿Vengarse de qué? ¿Contra quién? Nietzsche dice que el espíritu de venganza es productivo, que hace cosas, que es pura acción reactiva.

¿Contra qué reacciona? Contra la vida, la tierra y cada una de sus criaturas. No crea nada, imagina, no pone nada, toma y domina. El espíritu de venganza es la vivencia más enferma. Se asocian a él la moral y los valores, la producción y el uso de la riqueza.

Es un espíritu que interpreta de modo culpable. Está lleno de mala conciencia. Es un espíritu ascético y ahorrador. Es un espíritu que predica abstinencia. Y allí atesora y se agiganta, especula y se enriquece y vuelve famélico lo que toca.

Espíritu de venganza: N/Z le va a dar vueltas, es su enemigo, es el espíritu vuelto peso, es el más pesado de los cuerpos espirituales.

El objeto sobre el que la venganza recae es el tiempo. Así lo define Nietzsche: Venganza contra el tiempo.

¿Contra el tiempo? ¿Qué es lo que atormenta tanto del tiempo que hace que nos queramos vengar de él? Que no podamos redimirlo del fue. Que seamos pasajeros de su condición pasajera.

No podemos evitar que pase, que se vaya al pasado. Que todo el tiempo se nos vaya y no podamos hacer nada, eso despierta nuestra sed de venganza. Somos lisiados del tiempo. No podemos reinar sobre su marcha, fugitivo.

Que no seamos señores del tiempo inagotable, cúmulo de instantes eterno y fugaz, despierta nuestro resentimiento. Nos tenemos que vengar, negarlo, ponernos por encima de él. Refinamos todo nuestro poder de interpretación. Inventamos un todo continuo, nos vamos a vivir con el anhelo no en el tiempo sino en el sentido del tiempo.

El espíritu de venganza produce interpretaciones, no sólo íconos sino máquinas, instituciones, discursos. Todo ello para sofocar el tiempo, para dejar de sufrir por su causa. Incluso Dios. Sobre todo él: la floración más refinada de la fábrica vengativa.

Hasta ahora ha sido Dios el que ha permitido *redimir* al hombre del tiempo, *justificar* su vida, *superar* su pavor. ¿Qué queda de esos verbos sin su auxilio? Nietzsche los sigue utilizando. Habla de redimir y justificar cuando no hay nadie que guíe eso. Habla de superarse en nombre de nadie.

Y eso es violento. Es un uso paródico de esos verbos. Redimir cuando no hay nada que redimir. Justificar lo injustificable. Superarse cuando no queda ante quién. Nos llama la atención sobre eso, esa ausencia de sostén. Que es un pequeño abismo. Aquel que se abre entre tomar y dar.

N/Z toma esos verbos y les da un sentido que no pueden tener. ¿Cuál? El sentido de lo imposible. Es algo enigmático. Dice que hay que amar la vida de tal modo que uno sea capaz de transformar *todo fue en un 'así lo quise'*.

Mantenerse en el abismo del querer aún en lo irrevocable. Lo más terrible, el sin sentido y el azar, amado por mí porque así lo quise. Pero no sólo eso. Lo quiero así, y así lo querré. Amor es todos los tiempos del verbo. Amor incondicional por una vida que transcurre vacía de sentido.

Esa temeridad de amor hace que uno quiera la vida de un modo trágico. Así sólo es capaz de querer un dios. ¿Quién es Dionisos? El *amor fati* de la vida en todos los tiempos del verbo.

Dionisos es la fatalidad del amor, la incondicionalidad del amor, su tragicidad.

Lo que fue: lo quiero así, que vuelva. Lo quise así está volviendo. Lo querré así como la vida eterna. Dionisos es la afirmación de la eternidad del instante. De la repetición de lo nuevo. Afirmación de lo mismo que vuelve y gotea eternamente.

Nadie ha sabido querer así. Uno quiere sólo lo que está por venir para arrastrarlo al pasado y ponerse a sufrir por eso. Pero querer que vuelva lo ya sido y que vuelva eternamente, es un amor inmenso. Ese amor restituye la perdida inocencia. Así quiere uno que engendra. Uno que cada vez que quiere crea su objeto.

El secreto de este libro es lo patético de este amor. Es un amor que exige ser capaz de sufrir. El dolor que nombra es el enigma del creador. Nietzsche dice que *así sufre un dios*.

Redimir en el instante el tiempo vengativo es lo trágico.

Dionisos es una criatura humana, una invención, una apuesta del azar. Es un dios jugador, que redime la vida de la necesidad.

Nietzsche ofrece esta imagen: dioses jugadores. Que convierten el destino en apuesta. Uno llega a afirmar lo que quiere. Si lo quiere desmesuradamente.

Es un momento de una gran belleza, una vez el enigma se ofrece, los dioses soñados se ponen a jugar. Inventan la vida capricho, la vida azar, la vida sentimiento en pura pérdida.

Son dioses alegres. Disuelven toda seriedad. Nunca antes había reído un dios así. La afirmación de la risa creadora es lo dionisiaco. Incluso Nietzsche da a esos dioses la muerte más justa: su risa.

Todo ello exige crear un hombre distinto. Se atreve a decir que no ha habido alguien así hasta ahora, que el hombre presente no es sino un trozo, el objeto sobre el que recae el martillo escultor. Así es como piensa Nietzsche a Dionisos (NT): un dios artista.

¿Qué esculpe? El hombre. ¿Qué forma busca? La forma hombre. Qué sea eso no sabemos. Hasta ahora sólo hemos tenido remedos. Ese dios artista justifica la existencia como fenómeno estético.

Dionisos devuelve al mundo un sentido artístico. No es poca cosa. Ello exige demoler lo que ha sido hasta ahora el imperio de la moral.

Un dios artista que, creando mundos, se desembaraza de la necesidad implicada en la plenitud y sobre plenitud, del sufrimiento de las antítesis en él acumuladas. El mundo, en cada instante la alcanzada redención de dios.

No saber redimirse sino mediante la apariencia es el arte que Nietzsche llamó trágico.

Una sombra ha llegado hasta mí. La más silenciosa y más ligera de todas las cosas vino una vez a mí... Qué me importan ya dios y los dioses.

VII. Para todos y nadie

Aquí se dice que alguien habló, que dijo algo. ¿Cuál es el tema, el mensaje?

Eso de que habla, ¿qué forma de transmisión tiene? ¿Se dice en la forma en que se dicen las cosas cuando hablan dos o varios? ¿O en la forma de los filosofemas?

Podemos guiarnos por algunas apariencias. Sin tomarlas como última palabra. Por ejemplo, el hecho de que los mensajes dirigidos a alguien estén periódicamente interrumpidos por diálogos del pensador con su alma.

Es importante seguir el trasegar de un habla, su paso de los mensajes didácticos a los monólogos exaltados. Eso va marcando el camino, señalando las tensiones, los ascensos y las caídas.

Lo que no se puede ocultar es el carácter de excepción que este libro encarna en la producción de Nietzsche ¿A qué se debe esto? ¿Qué es lo que le otorga su singularidad? ¿Qué es lo que pasa aquí?

Las cosas de las que habla N/Z acaso no sean novedosas. Son asuntos que se vienen fraguando en obras anteriores. Y que van a desembocar en su producción tardía. Podemos mencionar algunos: la tensión ciencia – arte, el problema del conocimiento, el asunto del valor, la superación de la moral, la relación entre verdad y moral, la filosofía vuelta problema.

¿Qué es entonces lo nuevo? Como señala G. Colli, quien busque en el *Zaratustra* una teoría de la voluntad de poder o un concepto de nihilismo, quien espere que se esclarezca demostrativamente la doctrina del eterno retorno, muy seguramente saldrá con las manos vacías.

No hay aquí deducción, fundamentación, análisis. Lo que aquí se dice está puesto en relación con lo que no se dice. Y lo que no se dice no es una falla, es lo indecible, lo que no se puede decir.

Eso indecible no es una carencia. Está presente como un ritmo. Nietzsche ha insistido en ello desde su obra juvenil: hay un lenguaje intensivo y musical y otro conceptual.

Si Nietzsche dice que acaso sea lícito considerar el *Zaratustra* entero como música es porque apunta a una *aprehensión directa e inmediata* (Cf. Colli).

¿Cómo expresar la inmediatez con palabras? En ello estriba el interés de esta obra, los momentos en que eso se produce. Creo al igual que Colli que los hay. Se trata de explorarlos, en medio de tanta expresión literaria de ideas.

El hallazgo de lo inmediato, el tropezar con '*representaciones nacientes*' (Colli) es lo que le otorga a este libro su carácter filosófico. Es una apuesta reiterada que intenta expresar sin mediaciones el fondo del mundo.

Esa 'preocupación' está presente desde *el Nacimiento de la tragedia*. Nietzsche no dejará de intentar 'tropezar' con eso a partir de entonces: la visión directa del secreto.

Ese secreto es lo trágico: un mundo sin meta ni soluciones últimas. Un mundo obra de arte, más allá de la moral. Es el mundo como fenómeno estético.

No obstante, y a pesar de ser indecible, Nietzsche no cesa en el empeño de expresarlo. ¿Comunicar qué? No algo que uno sabe de antemano. Algo presentado al que se le otorgaría una forma de expresión.

Así sucede por lo general con la filosofía y la poesía: dicen lo que ya se sabe, lo que se sabe hace mucho y que quizás se ha olvidado. Por el contrario, *Zaratustra* no evoca. No intenta traer lo que ya existía. No hay nada alegórico en ese sentido.

Este libro no traspone imaginariamente lo vivido. Dice lo que se presenta de golpe. Y ese decir es tan súbito como su contenido. Hay un elemento de in tempestividad que es clave. Y que se renueva en cada lectura. En la que cada vez lo mismo acontece por primera vez.

Es lo que pasa en el teatro. Lo mismo con mínimas variaciones de tono. La representación en sentido teatral. La presentación por vez primera de lo eterno. Teatro trágico: acontecimiento que se presenta en un presente sin memoria. Acontecimiento cuyo tiempo es el instante en la repetición.

Lo que así se manifiesta no se expresa. Si expresar es decir lo que no está. Es un hacerse presente. Se trata entonces de lo inmediato, así como de decirlo sin mediaciones. ¿Es eso posible?

Por fuera de la representación y la conciencia se ofrecen a Zaratustra los contenidos inmediatos de la vida. Esa manifestación sin imagen ni concepto es lo que Nietzsche llama *dionisiaco*.

Nietzsche dice que eso es filosófico. Y a la vez lo más alejado de la filosofía: para la cual es fundamental la manipulación por conceptos. Pensar es relacionar, significar, dar sentido. Aquí por el contrario algo se presenta como un punto. Y como tal, algo que se da a *una cierta intuición intelectual*.

Un concreto, un individuo singular. Que requiere a la vez la ruptura del principio de individuación que liga los seres. Lo que está en juego es el conocimiento inmediato (C. Colli). Ello exige la demolición de la relación sujeto objeto.

Los términos en que eso se dice son tan singulares como aquello. Dicen *lo que no tiene rostro*, son '*expresiones nacientes*' (Colli). La tensión que hay entre la vivencia y su comunicación es de lo más particular.

Entre otras cosas porque para tenerla uno debe desalojarse. La vivencia no es de uno sino que se apodera de uno. Nietzsche no dejó de asombrarse con este despojamiento concreto de la persona.

Pero insiste en comunicarlo. Que es como contagiar una embriaguez. Al modo del coro trágico. Que hace que una multitud se sintonice en un espacio apto para la visión. Para llegar a ver hay que llegar a un estado de *imediatez extra representativa* (Colli).

Llegar a verse fuera de sí. Es una enajenación de lo más sutil. Que suele tenerse en las llamadas experiencias artísticas. Un encantamiento que supone una transformación efectiva. Y algo de esto está presente en las exigencias de Zaratustra al lector.

Se trata de un estado de imediatez que se descarga en imágenes. Nietzsche habla de eso con los nombres de Apolo y Dionisos. Lo que importa es la visión. Que sólo puede tenerse de manera directa. A partir de ahí el flujo de imágenes.

Es lo que pasa en *Zaratustra*: imágenes en flujo alrededor de focos de visión. Puntos incandescentes que adoptan figuras. Nietzsche habla de *transfiguración*. La escritura figura lo que absorbe.

Zaratustra es llevado a encarnar el reflejo directo de la visión extática del fondo de la vida. Pretende comunicar ese fondo. Combate paso a paso la expresión mediada por conceptos. No podía ser de otro modo. Ella se instala en la pérdida de visión.

Hay una atmósfera de visión que se mantiene a lo largo del libro. Un soñador despierto va diciendo lo que ve. Zaratustra se resiste a mirar más allá o detrás, más arriba o por fuera. Ve lo que hay, lo que se da. Para ser fiel a eso hay que afinar la mirada. No agregar nada con la inteligencia.

A lo que aspira es a '*recuperar una inmediatez auto representativa*' (Colli). Sólo que Nietzsche insiste en que no se trata de una experiencia mística inaccesible. Dice, por el contrario, que esos momentos pululan. Casi entre instante e instante. Son una suerte de intervalo que ahueca la temporalidad.

Esto es importante. No sólo desvirtúa el carácter excluyente de la experiencia sino un posible vínculo con cualquier teología. No hay fusión detrás de la visión, ni un dios brillando en su estela.

Nietzsche es un místico sin Dios. Lo que se ve vibra por doquier y no refleja un rostro inefable. Se trata de las cosas del mundo arrancadas a la duración, liberadas del yugo de la necesidad del que la divinidad actúa como garante.

La experiencia vivida tiene que ver con el tiempo. Es allí donde se produce la ruptura. Liberarse de dios es romper con la sucesión finalista. ¿Qué queda? Una agitación de momentos hundidos en su inmensidad.

Esos momentos están ahí, se nos dan. No se trata de un éxtasis fundacional sino de la visión extática de momentos cualquiera. Es un misticismo pobre, sin gloria. Una luz natural, sin aureola.

Todos estamos inmersos en un tiempo así. Es accesible a todos. Sólo que ello exige un arduo aprendizaje. El cual supone desaprender algo: la determinación del tiempo en la sucesión, la imposición de sentido, la representación significativa de cadenas de finalidad.

De golpe podemos ver. Eso es lo que Nietzsche llama comunidad dionisiaca. Y eso pasa en todos los tiempos. Sólo que pasa sin darnos cuenta de ello. En el amor y en la amistad, en la alegría y en las penas.

Sólo que somos vigilados por la generalidad y el discurso. Ahí está el lenguaje para dotarnos de representación. Esa vigilancia de la significación sobre la mirada es tal vez insuperable. Y no obstante hay momentos.

El elogio inadvertido de momentos cualquiera es lo trágico.

Es en este sentido de lo inaccesible accesible, que este libro es un libro para todos.

El *Zaratustra* se nos ofrece como un libro abierto. Todos sabemos lo que dice. Aunque no sepamos repetirlo. Es un saber instalado en algún lugar del cuerpo. Todos entramos para salir de él más corporales. Entramos en cuerpo y alma, para ver si el alma se queda en el cuerpo. *El cuerpo está entusiasmado: dejemos fuera el "alma"*.

El que sea un *libro para todos* irrita acaso cierta actitud de capilla: ‘pero si la filosofía es algo más serio. ¿Quién charla y juega aquí? ¿Acaso alguien que no sabía filosofar? ¿Alguien que no fue elegido para ese raro saber de minorías?’

Este libro habla a todos. Dice lo de todos. Sólo que uno tiene que dejar de ser alguien para estar con todos. Ese todos es la comunidad sin comunidad de los aprendices de algo. ¿Qué? El fundamento infundado de un mundo.

¿Cómo llegar a ser comunidad? La exigencia es inmensa, supone la reserva de toda forma de asociación regida por metas trascendentes. Por el contrario, una comunidad así no tiene amparo. Es una comunidad de visión de indigencia.

Comunidad sin ser y sin haberes. Comunidad desnuda y experimental. Eso sucede en momentos cualesquiera. El momento sin continuidad ni prestigio de una visión sin esperanza.

La comunidad dionisiaca es una comunidad desposeída, lúcida en su precariedad. Es una comunidad que no dura ni se prolonga. Por eso es tan buen ejemplo la ‘comunidad de los amantes’ que se gastan y consumen en la instantaneidad de un tiempo sin reservas.

¿Qué es lo que se comunica y comparte? Lo inmediato, el secreto, el enigma. Eso no puede durar pero combate la duración como una enfermedad. Hemos alterado el equilibrio imponiendo ese sentido como único.

La comunidad soberana es imposible. Incompartible. No deja sin embargo que nos volvamos un rebaño. Que tengamos, por ejemplo, comunidad de propósitos, o que vayamos juntos en pos de una causa. Es quizás por eso que Nietzsche declaró que *el Zarathustra es un libro incomprensible, porque remite a vivencias contundentes que no comparto con nadie*.

Comunidad de singulares. Uno hace comunidad con uno. Uno es una multitud de estados solitarios. Eso se ofrece al contagio. Pero en un mismo momento se da y se retira. Por eso este libro es a la vez *un libro para nadie*.

Para nadie porque nadie puede decirlo ni entenderlo. Así como nadie puede ofrecerlo o cambiarlo. Nadie es aquí la primera persona. Soy nadie cuando vivo eso. No hay nadie conmigo para probarlo.

Lo que este libro dice pone en suspenso la posibilidad misma de la comunicación. Nadie está allí para atestiguar. Pide que nos volvamos una muchedumbre de nadie.

Zarathustra no deja de rodear esa soledad. No es la soledad sin nadie sino la soledad de nadie. No es la soledad del que se queda sin los otros sino la soledad de estar en medio de nadie.

¿Con quién vivir esto? Esto es de nadie porque es nada. Esto nos va dejando solos. El vacío es inmenso. Hay que llegar a ser nadie para sentirse solo de esa manera. Soledad ambigua. Poblada y despoblada a la vez.

Esa soledad de nadie Nietzsche la llama amistad. Es el abismo dionisiaco entendido como dolor. Uno está solo para sufrir así. En un cuerpo al que sólo llega el dolor.

La captación inmediata de eso es el cuerpo. Habitado y deshabitado. Un cuerpo sin persona. Nietzsche dice que es un libro para nadie. Está diciendo que hay que leerlo con el cuerpo: única comunidad soberana que nos queda.

Sólo que llegar a ser un cuerpo exige aprendizaje. Uno está preso en un cuerpo significado. El cuerpo está dominado por la persona. La inmediatez dionisiaca exige que uno sea cuerpo. Por ejemplo danza o salto. Un cuerpo música del propio deseo.

El cuerpo está asediado por la tristeza. Las pasiones tristes resuenan en la inteligencia. ¿De cuánto dolor es capaz un cuerpo? Las alegrías del cuerpo repican en un fondo de pena.

Leer el *Zaratustra* es acompañar esa unidad. Hasta esos momentos de gran belleza en que esa unidad es dicha con entera naturalidad. En muchos casos hay algo patético. Pero hay momentos en que algo suena quedo. Quizás sean esos momentos en los que dice Nietzsche *que escribió con todo su cuerpo*.

VIII. En el tejido del tiempo

A la pregunta, *¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?* Se liga por necesidad la pregunta *¿Quién es el superhombre?* El libro entero resulta de un *pathos*. Cada fragmento lo ilumina, lo filtra.

Hay un conocimiento esencial que aquí se da a ver. Tal vez no podamos participar de él. Se nos comunica en sus residuos, en las imágenes que lo traen y lo alejan. Este conocimiento no se transmite pero sí ofrece el reflejo de su presencia.

¿Qué es lo que estos textos reflejan? ¿Qué dan a ver por medio de imágenes? Nietzsche fue consciente de que ese conocimiento era indecible, pero no inexpresable. La imagen es el eco de la vivencia. Es lo que pasa entre Apolo y Dionisos. Ya en la música, primer desdoblamiento de lo inmediato, Nietzsche comprende que la imagen acerca y reserva.

Si esto es un poema lo es en la medida en que *comunica el reflejo de una visión más alta de la vida* (Colli). Zaratustra conoce intuitivamente eso. Hace de eso un motivo de canto. Nos lo acerca, nos incita a vivir de otro modo.

Colli señala que no se trata de querer vivir como él. Eso no se sabe. Cada uno está en lo suyo y es una simpleza creer que uno puede ponerse en el lugar de otro. Hay que rechazar esa ilusión. Es algo arduo que no se da así de fácil.

Esa es la diferencia entre creer y crear. Zaratustra habla a creadores. Crear por encima de sí es lo más extraño.

Por lo pronto lo que sí comunica es una poderosa alegría de vivir. Accesible a todos. Aunque uno no haya visto el secreto. El que lo comunica deja entrever esa compenetración. Es este el mensaje que Colli extrae del acercamiento a esta obra. Acojo el matiz de su lectura, la fuerza de complicidad que lleva consigo.

Y Colli agrega que uno puede no ser iniciado en el misterio. Puede no tener esa visión. Pero insiste en que uno sí puede hacer parte de esa comunidad, ser su aprendiz, gozar con su mensaje. ¿Qué mensaje es ese? No otro que el de la vivencia feliz de la existencia sin metas.

Podemos entonces aceptar la invitación de Colli e intentarlo. *Justificar* la vida sin necesidad de argumentos. El filtro de los textos puede ponernos en esa disposición. Eso es importante. Le evita a uno la inmodestia de creerse poseído, le permite a uno salirse de esa pseudo mística con que ha solido leerse este libro.

Que en medio de la angustia y la negación podamos aspirar a una vida ascendente. Si la filosofía no lo pone a uno en movimiento no tiene mucho sentido. Y este libro es un poderoso incitante.

Esa es una alta lección filosófica: cómo llegar a transfigurar la vida sin huir. Ser afirmativo en la desgracia, no resignarse sino seguir, no abdicar sino insistir, no renunciar sino acoger. Ese misterioso poder es el mensaje más vivo de esta obra.

Llegar a sentir que sólo vuelve la afirmación. El retorno es selectivo, no puede volver lo que niega. Basta que alguien lo haya vivido así para intentarlo.

Zaratustra lo sabe porque lo vivió. Que no hay valor más elevado que ese conocimiento. Allí donde conocer es ver. Y actuar un reflejo leal de lo visto. No hay unidad más alta que la que se da entre conocimiento y vivencia. Uno conoce a lo que asiste. Uno no sabe sino lo que siente.

La unidad entre ver, sentir y pensar es un nuevo paganismo. El *superhombre* es su mito ☪

Bibliografía

Nietzsche, F. (1998) *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza.

_____ (1980) *Ecce homo*. Madrid, Alianza.

Colli, Giorgio (2000) *Introducción a Nietzsche*. Barcelona, Pre-textos.